

**SEXTA CONFERENCIA**

**ECOS CASTRENSES EN LA POESÍA  
Y EL REFRANERO DE LA ÉPOCA  
DE LOS AUSTRIAS**

HUGO O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA  
*Licenciado en Derecho y doctor en Historia.*

## ECOS CASTRENSES EN LA POESÍA Y EL REFRANERO DE LA ÉPOCA DE LOS AUSTRIAS

### Introducción

Bajo el título de «Ecos castrenses en la poesía y el refranero de la época de los Austrias» del momento histórico más glorioso del Ejército y de la Literatura españoles, hemos querido aunar dos tipos de breves pero significativas referencias a lo militar aportadas por géneros literarios aparentemente diferentes, en origen, forma y destinatarios, pero similares en cuanto a que ambos son impresiones sinceras e inspiradas que un determinado modo de vida despierta en la sociedad general de la época.



Queda por lo tanto fuera del ámbito de este trabajo el análisis de las grandes epopeyas literarias de trasunto bélico en su conjunto, aunque no en sus detalles, cuando por medio de breves estrofas se manifiesta la sensación experimentada por el autor ante un hecho, un objeto o una actitud humana perteneciente al mundo de la Milicia. Porque son los versos ligeros y separables —definitorios— los más comprometidos y sinceros y los que manifiestan más claramente el sentir popular, calando a su vez en él con mayor profundidad.

La expresión por medio del lenguaje en una forma bella, sujeta a cadencia y medida, definitiva de la poesía, no es sin embargo exclusiva de ella en lo básico, ya que el refrán, fruto también de la experiencia y del ingenio, se vale muchas veces de la rima —preferentemente de la asonante— como vehículo de transmisión oral y popular, especialmente el refrán poético por excelencia: el adagio.

Por otra parte, si bien es cierto que los dichos, los proverbios, las sentencias, los adagios, las apotegmas, las máximas, las consejas, los aforismos y hasta las frases de éxito, suelen encerrar juicios de valor de autor anónimo, esto también es predicable de muchas estrofas célebres. En la poesía destaca preferentemente la forma de expresar lo bello, en el refrán el ingenio, la oportunidad y la sabiduría; ambos supieron crear una aceptación admirativa que impidió que cayesen en el olvido, pasando a ser como Martínez Kleiser califica al último tipo, auténticos monumentos del idioma hechos, sancionados y conservados por el pueblo (1).

Poesía y paremiología se dan la mano para enjuiciar el fenómeno militar en sus múltiples facetas, entre las que seleccionaremos la guerra en general, la propia carrera de las armas, la imagen popular del soldado, los aspectos de la vida diaria, la instrucción militar y el combate.

### **La guerra en el refranero de la época**

El refranero presenta ante la lucha armada dos posiciones claramente definidas y antagónicas. La antibelicista subraya sus fatídicas consecuencias y sus desastres; a ella corresponden estos adagios:

«Guerra, peste y carestía andan siempre en compañía» (2).

«Perico el tonto se fue a la guerra, volvió más tonto y sin una pierna» (2).

«Quedan mancos o cautivos, cuando quedan vivos» (2).

Otro grupo ve en la guerra algo consustancial con la naturaleza humana, un mal menor que puede resultar incluso necesario:

- «Paz larga, guerras prepara» (2).
- «La buena guerra, buena paz engendra» (3).
- «No ordenes tregua que ponga mal fuero en la tierra» (3).

Guerra que sólo puede prevenirse con la propia fuerza, muy en consonancia con la sentencia latina *si vis pacem para bellum*:

- «Quien espada lleva, paz trae» (2).
- «Acabada la guerra, retén tus armas para que no vuelva» (2).

Junto a estos grupos claramente opuestos, otras máximas se limitan, sin juzgar, a formular realidades basadas en la experiencia:

- «La guerra y la cena, comenzándola, luego se atea» (3).
- «Las guerras y las turmas (criadillas) de tierra engéndranse en otoño y paren en primavera» (3).
- «El fin de la guerra es el juez de ella» (3).

## **La carrera de las armas y la escala jerárquica**

El Ejército constituyó sin lugar a dudas, tanto un empleo honroso para las familias hidalgas a las que se vedaba el ejercicio del comercio y las profesiones viles, como una auténtica promoción social, ya que «el dinero del que lo afana y la honra del que la gana» (2).

Juntamente con la buena crianza y la educación, es prácticamente el único medio de encumbrarse:

- «A la pluma y a la espada no hay imposible nada» (2).
- «Costumbres, armas, letras y dineros, hacen hijos caballeros» (3).
- «Por armas o por letras se alcanza la nobleza» (2).
- «Por letras y guerra y mar vienen los hombres a medrar» (3).

A efectos nobiliarios la carrera de las armas supera al foro y a la Administración pública: «si buscas nombradía, lanza y no escribanía» (3).

Ironizando Pantaleón sobre la escasa bizarría de los funcionarios:

- «A la orilla pues sentado  
del bufete y la carpeta  
digo que sois linda lanza  
sobre la haz de la tierra» (4).

Aunque a este respecto no todos opinan igual: «Blasonar del arnés, más nunca vestille» (5). Y tiene que haber también de todo pues «Ni todos letrados, ni todos soldados» (6).

Pero la mera nobleza sin otros atributos, como el grado militar, tiende a perder fuerza social porque: «Blasón sin mesnada, nada» (2). Y la reliquia de las hazañas de los antepasados hay que hacerla valer con el mérito propio:

«Las letras y las armas dan nobleza; consévala el valor y la riqueza» (3).

La Milicia puede proporcionar además bienestar y dinero:

«De esas coladas se hicieron esas papadas» (3).

«Espada dará dinero: a ti lo digo, broquel» (2).

Y también la seguridad del funcionario:

«El caballo me lleva y el rey me sustenta» (2).

La figura del soldado-literato tuvo suma aceptación y una numerosa representación en la época, porque, como afirmó Cervantes, nunca la pluma embotó la espada, ni la espada la pluma, frase que no ideó personalmente, sino que circulaba con formas parecidas en diversos refranes populares como:

«Las letras del caballero no embotan la lanza» (6).

«Parienta cercana es la pluma de la espada» (2).

Y cuyo criterio no debía de ser aceptado universalmente, ya que existía el contrarrefrán:

«El acero vuelca el tintero» (2).

El principio de jerarquía es el núcleo de la Institución Militar:

«Mil en campo y uno en cabo» (6).

«Ni mesa sin pan, ni ejército sin capitán» (3).

El mando en sí es el mayor de los beneficios de esta abnegada carrera ya que:

«Quien nada tiene, cuando manda, a tener viene» (2).

«Quien non ha menor, non ha honor» (5).

Si no fuese así, para muchos no merecería la pena:

«Más vale ser señor en cabaña que siervo en campaña» (3).

Su ejercicio conlleva dificultades y exigencias que van más allá del mero combate:

«Ni sirvas a quien sirvió ni pidas a quien pidió, ni mandes a quien mandó» (3) ha llegado a nuestros días.

«Soldados bien mandados, jamás se mueren de hambre» (2).

La jurisdicción especial es otra característica del estamento militar que lo distingue del resto de los vasallos del Rey, sometidos a la ordinaria.

Por ello y hasta su muerte no cesará de reclamarla inútilmente el capitán Ataide al alcalde de Zalamea:

«Que estoy aquí, no hay temer  
a la gente del lugar;  
que la justicia es forzoso  
remitirme en esta tierra  
a mi consejo de guerra» (34).

La misión del general es obtener la victoria y a la postre, es lo único que cuenta:

«Capitán vencido no está loado, ni bien recibido» (3).

«General que en cien batallas vence, nada habrá ganado si la ciento una pierde» (2).

Si bien también es cierto que:

«Batalla ganada, general olvidado» (2).

La inteligencia y la experiencia deben ser sus mayores cualidades:

«Canas y armas vencen las batallas» (3).

Su prestancia personal, ser buen jinete y llevar con soltura las armas, deben ser complemento de su don de mando, por que no ocurra lo referido por Villaviciosa:

«Ocupaba la silla de tal traza  
que daba muestra de su gran vileza  
pesábale en el cuerpo la coraza  
y machucaba el yelmo su cabeza» (7).

La competencia del general es, como su nombre indica, general, y su misión es estar pendiente de todo:

«Bombardas ceba, centinelas muda,  
susurraba nombres (da contraseñas) y caballos suda».

El maestro de campo es la cabeza de un Tercio de Infantería, un sencillo aforismo que equivale a «más vale malo conocido que bueno por conocer», le recuerda:

«Maestre por maestre, séalo éste» (3).

El empleo de capitán es el arquetipo de mando independiente, atractivo en su relativa asequibilidad:

«Ayudante de nadie; capitán, aunque sea de ladrones» (2).

También requiere el preciso don de mando ya que «por donde va el capitán, van los soldados» (2), y la discreción: «ni con su camisa el buen capitán sus intentos comunica» (2).

Las cualidades precisas en los tres «oficiales mayores de la compañía», cabeza, espejo y ejecutivo, las señala a la perfección este refrán:

«El capitán valiente; el alférez, brioso; el sargento solícito y cuidadoso» (2).

El cabo de escuadra, con mando de 25 hombres, precisa también saber hacerse respetar, como señala Quevedo:

«Que pretenda el maridillo  
de puro valiente y bravo  
ser en una escuadra un cabo  
siendo cabo de cuchillo» (8).

Pero Juan Rufo muestra que también para este empleo hay un límite de edad:

«Irme quiero a mi casa, pues no cuadra  
a mi ancianía ser cabo de escuadra» (9).

## **El ejercicio de la Milicia y la imagen popular del soldado**

Como contrapunto del refrán negativo, lleno de prevenciones y advertencias proverbiales, y que también veremos, el nacido dentro de la propia Institución militar es el fruto de la sabiduría y de la experiencia; instructivo y profesional, regla de oro, encuadra perfectamente en el concepto calderoniano de milicia como profesión de hombres honrados.

El nombre de soldado es sinónimo de militar por cuenta del rey de quien recibe un estipendio fijo: el sueldo. Pocos ejemplos de un juego didáctico de palabras en el que se aclare la diferencia entre soldada (para trabaja-

dores) y sueldo (para soldados), puede ofrecer la literatura universal de la calidad de los versos de Lope de Vega en su poema a San Isidro:

«Hallóle, y puesto en soldada  
sube al campo y a la arada  
aunque era el dueño soldado  
con el moro exercitado  
en el pavés y la espada» (10).

El sentar plaza de soldado exigía unos requisitos de edad, físicos —«jorobado, libre de ser soldado» (2)— y de destreza —«soldado fuerte, hasta la muerte» (2)— que a veces obligaban a los aspirantes a un noviciado previo como pajes o mochileros. Calderón, en sus *Afectos de odio y amor* y por medio de una sonora combinación de acepciones hace decir a su protagonista:

«Viendo pues que un mochiller  
lo pasa con gran trabajo,  
me apliqué a servir en esto  
Don soldado, de soldado» (11).

No es precisamente el pisaverde, ni el hidalgo desheredado pero lleno de pretensiones, ni mucho menos el vago, el soldado ideal: «el buen soldado, sácalo del arado» (3), que será sufrido y obediente.

Conviene que sea soltero, que así no tendrá más distracción que su profesión ni añorará su casa:

«Por la victoria el soldado y por la novia el enamorado» (2).  
«El hombre casado, o mal marido, o mal soldado» (2).

El soldado más completo es sin duda el veterano, el «soldado viejo» que no es sinónimo de soldado anciano, figura que también existe junto a la del «soldado estropeado».

«No hay mejor soldado que el acuchillado» (2) falla la sentencia, y los autores consagrados prodigan las estrofas, estableciendo M. León una magistral comparación de la Milicia y el teatro:

«El papel de viejo falta  
en la comedia y es cierto  
que la mejor compañía  
se hace de soldados viejos» (12).

No se escatima la crítica a los que no se jubilan a tiempo:

«Tan malo es el viejo soldado como enamorado»  
«El viejo, mal soldado y peor enamorado».

Mientras que Pedro Silvestre en su poema de *Proserpina* invita a los jóvenes a henchir las banderas:

«Que se alisten soldados valerosos  
viejos en lides, mozos en los años,  
que el hambre no reparen vigorosos,  
sin reparar los que amenazen daños» (13).

Los bisoños precisan sin embargo del asesoramiento de los veteranos por aquello de «a soldado nuevo, caballo viejo» (2).

La disciplina, como virtud básica, también se refleja en el refranero que parece recoger el temor de los motines:

«Do conviene obedecer no ha lugar la cortesía» (3).  
«El soldado bien pagado y bien castigado» (2).

A la hora del ascenso y de obtener el destino deseado lo que deben primar es una buena hoja de servicios y no las blandronadas:

«Callen barbas, e fablen cartas» (14).

Las banderas y el sonido de pífanos y cajas dan cohesión y elevan la moral de las unidades ya que:

«Bandera vieja honra a quienes la llevan» (2).  
«Bandera vieja, honor de capitán» (refrán judío-español) (2).

El carácter unificador de la bandera se demuestra al ser también sinónimo de compañía y pasar al leguaje civil como bandada o tropel de gente:

«Ya véis aquí, do llegan en bandera  
mil gentes varias por el ancha vía  
do yo gasté mi dulce primavera» (15).

Banderas y músicas presiden todos los actos y actividades castrenses, llenándolos de emoción estruendosa. Los toques militares con los tres instrumentos al uso, no podían dejar de reflejarse en la poesía épica: el sonido agudo y sonoro del pífano, esa pequeña flauta que se tañía atravesada, el redoble marcial de los tambores de la infantería y el grito metálico del clarín de corneta de jinetes:

«Dixera más, sino que un gran ruido  
de pífanos, clarines y tambores  
me azoró el alma y alegró el oído».

Dirá Cervantes en su *Viaje al Parnaso* (16).

«Y para que se acometan  
y las viseras se calen

los pífanos y las caxas  
confusas señales hacen».

Refrendará Quevedo en *Las Musas* (8).

Y la energía del redoble quedó patente en Lope:

«Sacad banderas pues, tóquense caxas  
haciendo las baquetas  
los pergaminos rajas» (35).

Pero será Calderón, en sus *Afectos de odio y amor*, quien rimará, pura onomatopeya, los toques de la caballería para ensillar, para montar y para ponerse en orden de combate:

«... toca trompeta  
en vez de salva ya con voz más clara  
la botasela, el monta y la tarara» (11).

Quedando la expresión «a banderas desplegadas» como sinónimo de solución energética o de realizar una acción abierta o descubiertamente:

«Ya le ha dejado la muerte  
de su mano, de cansada,  
él vive ya a rienda suelta  
y a banderas desplegadas» (17).

La comida del soldado era extremadamente parca y de escasa calidad, sin más variación o complemento que los que las ocasiones pudieran aportar:

«Pan de munición, muchas cenizas y mucho tizón» (2).  
«Al soldado, pan seco y vino preado» (saqueado o robado) (3).  
«Quien va a la guerra, come mal y duerme en la tierra» (3).

La vida en guarniciones y presidios no era mucho mejor que en campaña:

«Tres estacas y una ortera (escudilla), el ajuar de la frontera» (3).

La obligada vela de las guardias dio lugar a burlarse del insomne que:

«Para centinela es bueno» (3).

La precariedad de medios sanitarios pone en peligro mortal con frecuencia y obliga a la utilización de panaceas universales:

«Con pequeña herida puedes perder la vida» (2).  
«El aceite es armero, relojero y curandero» (2).

En los momentos de mayor penuria el soldado español cuidó de su vestido y usó de galas y encajes que lucir ante las damas, tal vez siguiendo la vieja conseja de «vístete en guerra y ármate en paz» (5) y teniendo siempre pre-

sente la formulilla para el ascenso de «más vale ir de capote a capa que de capa a capote» (2) en unos tiempos en los que la moda imponía que cuanto más importante fuese el usuario, más corta debía ser la capa.

El uso del sombrero chambergo, tenía sus normas: «atrás, a lo charrán; alante, a lo tunante; al lao, a lo enamorao, y en medio, tonto sin remedio» (2).

Aunque no existía aún el uniforme, no cabe duda de que sí había una moda militar muy representativa. Calderón hace murmurar a Juan el hijo del alcalde de Zalamea cuando recibe al capitán don Álvaro de Ataide:

«¡Qué galán! ¡Qué alentado!  
Envidia tengo al traje de soldado» (34).

Góngora narró la gran miseria de un soldado que por carecer de una prenda de uso común entre la soldadesca: las calzas, se vio privado de enriquecerse en una de las mayores oportunidades de botín de toda la época: el saco de Amberes:

«Nunca salí de mi tienda  
mientras Amberes padecía  
porque no me acabó un sastre  
unas calzas amarillas» (18).

Por influencia local, pronto se impuso entre las tropas españolas en Flandes el uso de los valones, calzones zaragüelles o gregüescos. Jerónimo de Cáncer supo hacer otro hermoso juego de palabras:

«Confiado en mis calzones  
me animo más y me atrevo  
que para esta guerra llevo  
un tercio más de valones» (19).

La institución de las «camaradas», vestigio de la primitiva «fides iberica», mantuvo unido el Ejército con lazos de mutua ayuda y asistencia y en un ambiente llano que se refleja en diversos refranes:

«Entre amigos y soldados, cumplimientos son excusados» (2).  
«Una espada guarda otra» (2).  
«Cual por mí, tal por ti» (5).

Y de la que sin embargo don Luis de Ulloa, conocido como *Lisarto* para la poesía, no debió tener tan grata experiencia:

«Plaza de armas es mi patria  
montados son mis vecinos

espías mis camaradas  
y dragones mis amigos» (20).

La Milicia da ocasión de conocer nuevas tierras y nuevos habitantes que son juzgados por los dichos, de los que no se libra el *Camino español* esa vía militar que de Génova a Namur cruzaba Europa: «Camino francés, venden gato por res» (2); que pasaba por el Milanésado: «Cascabeles de Milán, una chinilla por seso y nada más» (2); que cruzaba el Franco Condado: «borgoñón, buen compañero» (2) y que finalmente llegaba a los diversos destinos en las plazas fuertes de los Países Bajos: «Majaderos de Cambrai, ¿cuántos hay? ¡hartos hay!» (3).

Camino de amarguras que van creciendo tras una agradable estancia italiana:

«España mi natura, Italia mi ventura y Flandes mi sepultura» (3).

Lope se hace eco de esa eterna campaña en terribles condiciones:

«...me hallaba el alba al madrugar el día,  
con espada, broquel y bizarría,  
más cubierto de escarcha  
que el soldado español que en Flandes marcha  
con arcabuz y frascos...» (35).

Mientras en la corte los petimetres sólo fanfarronean:

«¡Qué inútil banda y escuela de idolatrados mozuelos,  
llenos de nuevas de Flandes,  
y siempre de Flandes lejos!» (36).

La vida «soldada» supuso un atractivo irrefrenable para gentes aventureras, y alegres que gustaban de fanfarronear con los paisanos, por lo que no son de extrañar sentencias como éstas:

«Cabeza de soldado, plumas al viento y vacío el casco» (2).  
«Sólo en echar mantas y dados son hábiles los soldados» (2)

Y surge la figura, literaria y tal vez real, del valentón, que sólo mata a quien se deja matar, y que recoge entre otros Villaviciosa:

«Este vino a la guerra y desfío  
con un millón de fuertes mirmillones  
soldados todos de robusto brío  
bravos y forajidos valentones» (7).

Sobre Filonte, el bravucón, dirá Lope:

«Fui tan bravo, que me alabo  
en la misma sepultura.  
Matóme una calentura:  
¿cuál de los dos es más bravo?»

De esta aparente desafección entre estamentos no hay que culpar unilateralmente al militar, sino también a la sociedad civil ya que «quien armas traer no suele, las correas le hieren» (2), que no es capaz de reintegrar en su seno al veterano y al retirado de la misma forma que ocurre hoy en día en los Estados Unidos con los inadaptados del Vietnam, ya que «la paz en la tierra al soldado hace guerra» (2), y que no quiere saber nada de batallas: «anciano soldado, viejo heraldo» (2).

El soldado raso es el que por razones de leva, alojamiento, asistencia y traslado, se relaciona más con el pueblo, que la mayoría de las veces adquiere un mal concepto de la milicia al tener únicamente experiencia de sus aspectos más negativos y sus carencias más notorias.

La leva que a veces despuebla y separa familias, tiene un efecto positivo, al eliminar vagos y desarraigados:

«La leva lo peor se lleva» (2)  
«Banderín de enganchador, lleva la gente peor» (2).

Aunque a veces es la penuria la que obliga a enrolarse con harta pena, lo que no suele suponer una auténtica solución a los problemas económicos:

«Quien con mocos va a la guerra,  
con mocos vuelve de ella» (2).  
«A la guerra me lleva mi necesidad,  
si yo fuera rico, no fuera en verdad».

Pero no pasan desapercibidos los abusos, que dan lugar a que en el argot popular leva sea sinónimo de tretas o artimañas, como encontramos en Quedo:

«...Dijo el pobrete:  
yo soy hombre de pro  
y conmigo no hay levas» (21).

Y que se extienden por desgracia al favoritismo en el alojamiento:

«Según es el soldado, así se le da la boleta de alojado» (2).

Pueblos y villanos sufren especialmente por el paso de tropa descontrolada y desasistida:

«Los soldados son profetas del diablo» (2).  
«Del soldado que no tiene capa, guarda tu vaca» (...la tuya y tu arca) (2).  
«Gente de tropa, paso de largo» (2).  
«No te aligeres de ropa hasta después que la tropa» (2).  
«De fraile rebozado, y de judío acomodado y de hambriento soldado (líbranos Señor)» (14).

Porque la necesidad busca justificaciones y algunos pretenden compartir con los lugareños las incomodidades que el servicio del rey conlleva:

«Una desmandada tropa  
destos soldados, que infames  
califican lo que es hurto  
con nombre de que es pillaje» (22).

Y es norma general lo de que «en tiempo de campaña, el que apaña, apaña» (2).

Lope, en su *Fuenteovejuna* refleja el desorden de las compañías en tránsito:

«Don Manrique, partid luego,  
llevando dos compañías;  
remediad sus demasías,  
sin darle ningún sosiego» (37).

En asuntos de amor el juicio es más benévolo e incluso nostálgico:

«El amor del soldado no es más de una hora, que en tocando la caja  
y a Dios, señora» (3).  
«Tristes las mozas están, pues los soldados se van» (2).

Aunque se advierte la prevención obligada:

«Con estudiantes y soldados, mozuela mucho cuidado» (2).

## **Armamento y adiestramiento**

Las diversas armas tuvieron su acogida en la literatura popular y poética. Por lo que respecta al armamento defensivo, la armadura completa, no gozó de las simpatías de la gente común que vio en ella una desproporción de fuerzas respecto a otros tipos de combatientes:

«Cargado de hierro, cagado de miedo» (14).

En su compleja juxtaposición de elementos, algunos eran casi superfluos, mientras otros resultaban fundamentales: «la mejor pieza del arnés, al revés» (6) pasó a ser un dicho significativo de desperdiciar las oportunidades.

Góngora se hace eco de la superioridad manifiesta y poco honorable del hombre de armas, caballero de punta en blanco, en su lucha los moriscos alpujarreños, mucho peor armados:

«Contra ballestas de palo  
dicen que fuiste de hierro  
y que anduviste muy hombre  
con dos morillos honderos» (18).

En la infantería y la caballería ligera la protección se reduce al coselete y las sortijas de acero encadenado y unidas que forman la cota, las protecciones de la cabeza y los escudos.

Lope lo sintetiza de la siguiente manera:

«El pecho cubre un negro coselete  
malla el jubón y acero la cabeza...» (23).

Matizando el material de las armaduras:

«Y al paso que se alternan  
siguiendo el son marcial los que gobiernan.  
Y luego los soldados,  
de acero y de ante y de valor armados» (35).

El coselete completo (peto, espaldar, morrión y pica luenga) era pesado siempre y agotador en verano, no todo el mundo disponía de fuerzas para llevarlo:

«No sois vos para coselete, Peruchete» (3).

Por ello, las más de las veces la tropa usa sólo la protección parcial de que dispone, como los conquistadores compañeros de Alonso de Ercilla:

«Y a vencer o morir determinados  
cual con celada, cual con coracina  
salen a resistir la furia insana  
de la brava y audaz gente araucana» (24).

Celadas y borgoñotas —estas sin visera— para la caballería, capacetes y morriones para la infantería, las protecciones de la cabeza también tuvieron su cantor:

«Coronada la cimera  
sobre un peñasco de acero  
de plumas blancas y negras» (11).

«Con todo su morrión  
haciendo el alma trabuco  
de un ay, se caló en la espada  
aquella vez que le cupo» (18).

Las diversas formas de escudos tienen su representación; la más antigua es la del alargado pavés: «cubríos bien del pavés, de las voces no curéis, con bien vamos a Castilla» (originario de cuento) (3).

En el broquel la cazoleta, concha redonda de acero para proteger la mano por encima de la empuñadura, era tan fundamental que sin ella no era de servicio, por ello el marqués de Villena la incluye en su lista de objetos sin objeto:

«Un broquel sin cazoleta  
un almirez sin la mano  
un baúl sin cerradura  
un reloj desconcertado...» (25).

La quijotesca y ovalada adarga es también necesaria: «llevar adarga, para vivir vida larga» (3).

El tahalí, esa tira de cordobán o cuero que se cruzaba desde el hombro derecho hasta el lado izquierdo de la cintura, y donde se ponía la espada, supuso en su momento una novedad cómoda para el usuario, como lo constata Góngora:

«Dos años fue mi cuidado  
lo que llaman por ahí  
los xacarandas respeto  
los modernos tahalí» (18).

La lanza era arma de caballería, pero también equivalía a plaza viva:

«Servía en Orán al Rey  
un español con dos lanzas  
y con el alma y la vida  
a una gallarda africana» (18).

La pica sin embargo, la más antigua de todas según los tratadistas del momento, era el arma de infantería por excelencia. Su gran longitud permitía mantener a distancia al enemigo y utilizada en conjunto, como un

erizo, frenaba cualquier carga de caballería: «pica lengua y cul medroso, llega tú que yo no oso» (14).

Las numerosas armerías españolas competían en calidad:

«Espada valenciana; broquel barcelonés; puta toledana y rufián cordobés» (6).

«Buldas (bulas) hay en Roma y espadas en Cuéllar» (2).

«Todas las armas que se labran en Toledo no armarán el miedo» (3).

La peligrosidad de las armas de fuego primitivas requería un entrenamiento y el seguir meticulosamente los tiempos establecidos a fin de evitar una omisión o movimiento inoportuno que podía hacer caer la pólvora del fogón o explotar el cañón por sujetarlo incorrectamente. Esta prevención pasó a los proverbios:

«La pólvora, la mujer y la estopa, junto al fuego están peligrosas» (2).

«Pólvora y tiempo se vuelan con el viento» (2).

«Con mujeres y arcabuces, jamás burles» (2).

«Mujer hermosa y arma de fuego, para mí no las quiero» (2).

Lope describe un disparo de arcabuz que derriba a un jinete:

«El fuego al polvorín apenas vino  
con relámpago breve dilatado,  
cuando le trujo del caballo al suelo  
en forma de arcabuz rayo del cielo» (23).

La introducción del mosquete en la infantería por el duque de Alba debió de impresionar profundamente a sus contemporáneos por su mayor alcance y efectos respecto al arcabuz; el siguiente refrán es muy significativo:

«A tiro de mosquete habla el rico al pobrete» (2).

Calderón es el primer autor que describe poéticamente un duelo a pistola:

«Cala el can y calo el can, (perrillo o gatillo de la pistola)  
y al torno de media vuelta  
con dos preguntas de fuego  
habló el plomo en dos respuestas» (11).

Durante los siglos XVI y XVII se perfecciona la artillería y se racionaliza su empleo, surgiendo ya el orgullo de arma que recoge Jerónimo de Cáncer:

«Los rayos que atemorizan  
yo los muevo y los disparo  
y tengo mi plaza viva  
de artillero soberano» (19).

A muchos de los tipos de piezas hacen alusión los poetas, citaremos como ejemplo de gran calibre la culebrina, y como ejemplo del tercer género, el pedrero:

«Y cual si fuera de una culebrina  
disparó de las manos su librazo  
que fue de nuestro campo la ruina» (16).

«Cargado de algunos tiros  
que a manera de pedreros  
gruesos cartuchos de dados  
disparaban por el viento» (26).

El avance de la artillería determinará la dificultad en la defensa de plazas:

«El alcaide no da el castillo cuando por fuerza se lo quitan» (2).  
«Plaza sitiada, plaza tomada» (2).

De todas las actividades diarias del soldado la fundamental es el entrenamiento para el combate, ya que «armas y dineros quieren buen manejo» (2) que exige una previa puesta a punto de las armas de la misma forma que indica Juan Rufo en su *Austriada*:

«Pule y limpia el arnés de orín cubierto  
por la larga paz, y adorna de atavío  
el certero arcabuz y alta celada,  
renueva el tahalí, dora la espada» (9).

Y algún que otro romance anónimo:

«Limpian los coseletes y celadas  
prueban las flechas, tientan las espadas.»

El entrenamiento propiamente dicho, se componía, ayer como hoy, de varios tipos de instrucción:

- a) Instrucción individual con el arma con la que cada uno sirve pica, mosquete o arcabuz para la infantería; lanzón y maza de armas para la caballería pesada; lanza, arcabucejo, tercerola o pistola de arzón para la ligera; y para todos la espada, ya que «bravo de la espada, bravo de todas las armas» (2), en una época en la que la esgrima es precisa hasta para andar por la calle. De los diversos ejemplos literarios de esta práctica es sin duda Quevedo en sus *Musas* quien de una forma sencillísima explica una zambullida clásica, variando la posición de la espada inicialmente con los gavilanes hacia arriba («uñas arri-

ba») para luego tirar la estocada con los gavilanes hacia el suelo («uñas abajo»):

«Llamo uñas arriba  
a cuantos llamo  
y al recibo los hiero  
uñas abajo» (8).

Este mismo autor nos explica sus tretas o estocadas:

«Tretas de montante  
son cuantas tengo  
a diez manos tomo y a dos peleo» (8).

El punto de honor exigía no rehuir combate salvo en circunstancias absolutamente adversas:

«Bátete con uno, combate con dos, defiéndete de tres, huye de cuatro, y no quedarás deshonrado» (2).

b) La instrucción de conjunto, que dio en llamarse «arte de escuadronar» en variados y a veces pintorescos cuadros de picas con sus «mangas» de armas de fuego, por lo que a la infantería se refiere, y las formaciones de caballería en las que el «trozo» equivalía al regimiento y a cuya táctica sometida a los condicionantes tradicionales se refiere el conde de Rebolledo:

«A trozos se reducen las hileras  
los trozos a escuadrón proporcionado  
al sitio y al intento» (27).

Y Lope en su *Gatomaquia* marca el ritmo y la precisión del paso de desfile:

«...marchando con tal orden que la planta  
donde el que va delante la levanta,  
estampa el que le sigue,  
sin que el bastón del capitán le obligue» (35).

c) Instrucción física, por medio de competiciones y juegos de fuerza, y por supuesto, marchas y contramarchas de endurecimiento, ya que:

«Capitanes avisados hacen fuertes sus soldados» (28).

A fin de mantener alerta a la tropa en zonas de enemigo probable se practicaban las «armas falsas», es decir, ataques fingidos para probar la gente, como aquellos primeros conquistadores de Chile en la frontera del Bío-Bío que Ercilla ensalza en su *Araucana*:

«Digo que allí estuvimos dos semanas,  
con falsas armas y esperanzas vanas» (24).

### **El soldado en combate**

Contemporáneos e historiadores coinciden en afirmar que el soldado español fue sin duda el mejor de esta época:

«España sola pare los hombres armados» (3).

La más cabal de las definiciones es tal vez la de «corazón esforzado, bolsillo exhausto, espada en mano» (2).

Ese valor en el combate supera la eficacia de las armas:

«A fuerza de varón, espada de gorrión» (3).

«Animo vence en guerra, que no arma buena o arma luenga» (3).

«El cobardón lleva largo el espadón» (29).

La definición del valor en Ercilla merecería ser escrito con letras de oro:

«En los peligros grandes la osadía  
merece ser de todos estimada,  
el miedo es natural en el prudente,  
y el saberlo vencer, es ser valiente» (24).

Valor que desprecia heridas y fatigas:

«Buena arma, y buen corazón, y tres higas al dotor» (3).

Y que se demuestra con presteza y buena disposición:

«No tardo más en armarme de cuanto la liza se acabe» (2).

«Al estandarte tarde va el cobarde» (3).

Y cuya ausencia provoca la ironía sobre quien se espera otra actitud distinta de la huida:

«Valientes soldados más sueltos de pies que de manos» (14).

En el combate, es a la infantería a la que se exige mayor esfuerzo:

«Caballo ligero en guerra, hombre de armas en paz, infante nunca jamás» (3).

La intendencia y la supervisión de armas, montura y equipo, es fundamental porque: «por un clavo se pierde un caballo; por un caballo, un caballero; por un caballero, un ejército» (3).

La tensión del cuadro o formación de picas no debe mantenerse a la defensiva durante mucho tiempo, pues: «Quiébrase el arco estirando y el ánimo aflojando» (2).

Celebrándose la eficacia de una enérgica embestida al arma blanca:

«Carga abierta, llega a la puerta» (2).

A la hora de la victoria, todo el mundo, en la vida diaria como en el combate, quiere estar presente:

«Después del asalto dado hacen reseña los soldados» (2).

De nuestra participación en el teatro de operaciones europeo dan fe algunos refranes:

«Una pica y una espada valen mucho en tierra extraña» (2).

Nuestros enemigos tradicionales, franceses, holandeses e ingleses también aparecen, así como alguna de nuestras experiencias con ellos:

«Anda lanza, para Francia» (3).

«Vay, lanza; ven, lanza; mata cuantos hay en Francia» (3).

«Furia de tropas francesas, no acaba como empieza» (2).

«El holandés pirata es el gato de nuestra plata» (2).

«¿Inglés? Ahorcalle bajo mi palabra; que ladrón es» (2).

Y entre los poetas Lope:

«Villanos descortesés,  
más falsos y traidores  
que moros y holandeses,  
porque siendo fautores  
no sois en las maldades inferiores» (35).

Algún pirata caracterizado, como Drake, es elevado a la categoría de protagonista por Lope en la *Dragontea*, y Pellicer en su *Phenix* versifica:

«De la vaga campaña  
pirata volador, a quien Bretaña  
en la garra, en el pico, en las acciones  
ministro hizo de sus ambiciones» (30).

El buen hacer de nuestros aliados también se recuerda:

«El tudesco, en campaña; el italiano, tras muralla, y el español, a ganalla» (3).

«Español y tudesco son buenos compañeros» (2).

Aunque siempre hay prevención a posibles espías «ni de español barbirrubio ni de flamenco barbinegro» (hay que fiarse) (2).

Algunas batallas célebres, victorias y derrotas, y próceres de la Milicia, quedaron grabados en la memoria nacional:

«Los jelves, madre, malos son de ganarse» (3) (Isla refugio del pirata Barbarroja. En 1560, el duque de Medina Sidonia, virrey de Sicilia, fue derrotado, y en 1570, tras la toma de Orán, murieron en una emboscada más de 3.000 españoles).

«Llevarlo todo por lo de Pavía es demasía» (2) (No arriesgarlo todo como Francisco I).

«Viva Juan de Padilla que quita los pechos (impuestos) de Castilla» (2).

«Un capitán Juan de Urbina y un alférez Santillana» (3) (que recuerda a aquel renombrado capitán de Carlos V, denominado «el mejor soldado de Italia» que retó a tres italianos y los venció).

No debemos olvidar tampoco algunas frases inspiradas de militares famosos, que por su significación y aplicación universales, merecieron pasar a la inmortalidad literaria del refrán en forma de apotegmas: «En picos, palas y azadones, doscientos millones» (atribuida a Gonzalo de Córdoba, y que es aún de aplicación).

«Con todos guerra, y paz con Inglaterra» (decía el duque de Alba, don Fernando, según afirma el anónimo que en Sevilla colegía refranes por los años 1694) (2).

«A la espada y el compás, más y más, y más y más» (lema del militar y tratadista Diego de Álava).

Para finalizar, y no sin remitir a los interesados a la interesantísima colección de refranes marineros recopilada por el general Gella Iturriaga, (31), algunos de los cuales son de esta época, recordaré a la Marina de galeras cuyos forzados impresionaron tanto a D. Quijote con su triste saludo ¡Uh, uh, uh,¡ y de las que la costumbre del ¡ropa fuera!, (voz a los galeotes, para desprenderse de ella y prepararse a realizar un esfuerzo), es recogida por Quevedo:

«Y cuando el amante espera  
que de estar el pito mudo  
porque estén de su manera,  
siendo el cómitre desnudo, dice a todos «ropa fuera» (8).

La poesía recoge las numerosas gestas marineras en diversas odas de las que las dedicadas a Lepanto son legión y una de las últimas la del príncipe de Squilache a la recuperación de Nápoles por las galeras de España:

«Las unas sus cañones de crujía  
al muro asestan y sus piedras muelen  
las otras plomo arrojan a porfía, de un bordo y otro como al viento  
suelen» (32).

Galeras que no escapan tampoco a la picaresca de Estebanillo González, hombre de buen humor, tornillero, tráfuga, desertor sin licencia:

«Aguador con tres oficios  
sirviente de la comedia  
tornillero entre españoles  
soldado de sus galeras» (33).

Soldados y galeotes que compartían el riesgo del mar y del combate y un incómodo compañero: Juan de Garona, que es como se conocía en germanía el piojo ya que como es sabido:

«Tres cosillas afligen a la persona,  
que es el gris, y la gaza,  
y Juan de Garona» (Coplilla de galeotes).

Gran cantidad de dichos, coplas, refranes y consejas han quedado en el tintero en espera de que otro curioso los desempolve, —«de refranes y cantares tiene el pueblo mil millares»— tintero que como tantos otros compañeros de armas y de letras espero no haber volcado.

Y sin más:

«Ya los soldados se van; con el rataplán vinieron; vánse con el rataplán» (2).

## Notas bibliográficas

- (1) MARTÍNEZ KEISLER L. *Refranero general ideológico español*. Madrid, 1953.
- (2) RODRÍGUEZ MARÍN, F. *Doce mil seiscientos refranes más*. Madrid, 1930.
- (3) CORREGAS, G. *Vocabulario de refranes*. 1627.
- (4) RIBERA, A. P. *Obras de romances*. Madrid, 1631.
- (5) VALLÉS, P. *Libro de refranes*. Zaragoza, 1549.
- (6) HOROZCO, S. DE. *Teatro universal de proverbios*. 1599.
- (7) VILLAVICIOSA, J. DE. *La Moschea*. Cuenca, 1615.
- (8) QUEVEDO, F. DE. *Parnaso Español... con las Nueve Musas*. 1648.
- (9) RUFO, J. *La Austriada*. Madrid, 1584.
- (10) VEGA Y CARPIO, L. DE. *Isidro*. Madrid, 1599.
- (11) CALDERÓN DE LA BARCA, P. *Afectos de odio y amor*. Madrid, 1664.
- (12) LEÓN, M. «Obra poética». Recogido por el *Diccionario de Autoridades de la Academia Española*. 1726.
- (13) SILVESTRE, P. *La Proserpina*. Madrid, 1721.
- (14) NÚÑEZ, H. *Refranes y proverbios*. 1555.
- (15) LOBERA, J. P. DE. *Risa y planto de Heráclito y Demócrito*. Valladolid, 1609.
- (16) CERVANTES, M. DE. *Viaje al Parnaso*. Madrid, 1614.
- (17) POLO DE MEDINA, S. J. *Obra poética*. Zaragoza, 1664.
- (18) GÓNGORA. L. DE *Obras Completas. Romances*. Zaragoza, 1644.
- (19) CÁNCER Y VELASCO, J. DE. *Obra Poética*. Madrid, 1651.
- (20) ULLOA Y PEREIRA, L. DE. *Versos sacados de algunos de sus borradores*. Madrid, 1659.
- (21) QUEVEDO F. DE. «Cuentos». Recogido por el *Diccionario de Autoridades de la Academia Española*. 1726.
- (22) CALDERÓN DE LA BARCA, P. *Comedias. Darlo todo y no dar nada*. Madrid, 1683.
- (23) VEGA, F. L. DE. *Corona trágica*. Madrid, 1627.
- (24) ERCILLA, A. DE. *La Araucana*. Madrid, 1654.
- (25) VILLENA, MARQUÉS DE. «Poesías». Recogido por el *Diccionario de Autoridades de la Academia Española*. 1726.
- (26) VEGA, F. L. DE. *La nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba*. Colección de Obras Sueltas. Madrid, 1777.
- (27) REBOLLEDO, CONDE DE. *Selva militar y política*. Amberes, 1661.
- (28) CARA CEJUDO. *Refranes y modos de hablar castellano*. 1673.
- (29) ROSAL, F. DEL. *Refranes*. Manuscrito de la Real Academia Española. 1560.
- (30) PELLICER, J. EL. *Fénix y su historia natural*. 1630.
- (31) GELLA ITURRIAGA. *Refranero del mar*. Madrid, 1944.
- (32) SQUILACHE, PRÍNCIPE DE. *Nápoles Recuperada*.
- (33) GONZÁLEZ, E. *Vida y hechos de Estevanillo González, hombre de buen humor*. Amberes, 1646.
- (34) CALDERÓN DE LA BARCA, P. *El Alcalde de Zalamea*. Madrid, 1920.
- (35) VEGA CARPIO, L. DE. *La Gatomaquia*. Madrid, 1634.
- (36) VEGA CARPIO, L. DE. *Selección Poética Romance sobre lo que es la Corte*. Madrid, 1995.